



CIERRA LA PUERTA AL SALIR

Al despertarme aquella mañana corrí, como tantas otras veces, a escribir en un papel lo que recordaba del sueño aunque, al principio, no le di mucha importancia porque es frecuente que durante la noche sea capaz de encontrar una solución a alguno de mis problemas, escribir una novela que alguien me va dictando de principio a fin o repita machaconamente el número que luego sale agraciado en cualquier sorteo de lotería.

Todo eso me ha pasado ya.

Sin embargo, esta vez había algo diferente. Me levanté dolorida como siempre y, a pesar de que en mi cabeza bailaba el 3.245 no me interesó lo más mínimo buscarle un significado especial. Mientras repasaba en el espejo del baño uno a uno los moratones que cubrían mi cuerpo no podía dejar de sonreír mientras tarareaba muy bajito la

letra de una canción que no lograba recordar ni dónde ni cuándo la había podido escuchar. Seguramente, se coló por el patio de la cocina una de estas noches mientras hacía la cena, porque él me había prohibido encender la radio y mucho menos ver la televisión.

En la casa que un día fue de ambos, desde que la justicia se llevó a los niños nunca se volvió a escuchar ni un solo ruido. Ya se encargaba él nada más entrar a la habitación de cerrar a cal y canto las dos ventanas y de asegurarse que la insonorizada puerta de madera azul, a juego con las paredes de los tres dormitorios vacíos, estaba herméticamente cerrada para que los vecinos no pudiesen escuchar los golpes cuándo me estrellaba contra algún mueble o mis gritos de súplica para que me dejase vivir.

Tengo una mano en el cuello que con sutileza, me impide respirar, una venda me tapa los ojos, puedo oler el miedo y se acerca... canturreaba bajito esa

mañana refugiada por el agua que caía de de la ducha mientras a lo lejos le escuchaba llamarme una y otra vez, obsceno e impaciente reclamando mi sexo húmedo antes de desayunar.

Tengo un nudo en las cuerdas que ensucia mi voz al cantar, tengo una culpa que me aprieta, se posa en mis hombros y me cuesta andar... recuerdo que seguí susurrándome a mí misma como si fuese un mantra mientras me tomaba por detrás y, como aún me mantenía en pie, pude girar la cabeza para sonreírle con todo el odio de que era capaz mientras él seguía gimiendo como un auténtico animal.

A su tercera embestida, sujeta fuertemente por la cola de caballo que él mismo me hacía y de rodillas frente a la puerta de madera azul, conseguí recordar el estribillo que daba nombre a la canción, y pude dibujar una puerta violeta en la pared tan sólo unos segundos antes de sentir cómo me apuñalaba en los hombros, el pecho y,

por último, en el pulmón. Pude atravesarla y ya no sentí más dolor, tan sólo una especie de puñetazo seco que me rompía en dos y millones de pequeños regueros de sangre caliente que desembocaban entre los dedos de mis pies, pero ya nada importaba porque podía respirar y un aire puro me animaba a seguir volando sobre aquel acantilado encima del mar que tan bien conocía mientras podía oler de nuevo el jabón, la ropa soleada y el barreño de plástico verde de mi niñez mientras mi madre me reñía desde el patio gritándome que no volviera a asomarme a aquel maldito balcón.